SALMO XXI

Jesucristo en la Cruz

I

¿Por qué, por qué, Dios mio,
Así me desamparas?
Por más que yo te imploro,
Veo la salud lejana.

Clamo durante el dia,
Y no oyes mis plegarias,
Ni por la noche atiendes
Mis dolorosas lágrimas.

Gloria nuestra, que habitas
En tu excelsa morada,
De tí los padres nuestros
Su salud aguardaban :

Llamáronte, y sus vidas
Fuéron al punto salvas :
Clamaron, y sus preces
No fuéron desechadas.

Yo, cual gusano inmundo
Que en la tierra se arrastra,
Tedio causo á las gentes,
Odio á la plebe insana.

Moviendo la cabeza
Con risa y algazara,

Cuantos me ven me insultan
Y con furor exclaman :

« Pues que en su Dios espera,
Y esto, dice, le basta,
Sálvelo del peligro,
Puesto que tanto le ama. »

¡Oh Dios! tú que benigno
Á tu siervo sacaras,
Desde el materno seno,
Á ver la lumbre clara :

Aún era débil niño,
Que anhelante mamaba
Á los maternos pechos,
Y ya eras mi esperanza.

Desde ántes que naciese
Eras mi deidad cara :
Nací, y entre tus brazos
Con amor me estrechabas.

¡Ay! no de mí te alejes,
El tormento me acaba :
Me cercan los dolores,
Nadie de mí se apiada.

Mis crudos enemigos
Como toros me asaltan :
Cual leones sangrientos
Mi corazon desgarran.

El hórrido tormento.
Mis huesos desencaja,

Y al dolor me disuelvo
Como la nieve en agua.

Mi corazon cual cera
Se funde en mis entrañas,
Y mi verdor se seca
Como el barro en las brasas.

Adherida la lengua
Al paladar, se abrasa,
Al polvo del sepulcro
Caminan ya mis plantas.

Como canes, que fieros
La presa despedazan,
Rabiosas me circundan
Estas gentes malvadas.

Clavan mis piés á un tronco,
Las manos me taladran,
Cuéntanse ya mis huesos,
Mortales son mis ansias.

Con atencion observan
Si ya mi vida acaba;
Por suerte mis vestidos
Se parten y separan.

¡Dios mio! no te alejes,
Mi amor, mi confianza:
Tú me socorre y libra
Del filo de la espada.

Líbrame de las fieras
Que de acabarme tratan:

Quiebra al leon los dientes,
Al unicornio el asta;

Y enseñaré tu nombre
Á tu familia cara,
Y cantaré en la iglesia,
Señor, tus alabanzas.

II

Alabad al Señor, ¡oh criaturas!
Que temeis su virtud y poder:
Engrandece á tu Dios bondadoso,
¡Oh linaje feliz de Israel!

La oracion fervorosa y humilde
De su pobre jamas desdeñó:
Al mirarme en dolores hundido
Escuchóme y el rostro inclinó.

Mi alabanza ante el pueblo rendido
Á tí quiero, Señor, dirigir;
Y ante aquellos que temen tu nombre
Mis promesas y votos cumplir.

De tu mano abastado el hambriento,
Tu alabanza, mi Dios, cantará,
Y pasando de un siglo á otro siglo,
Satisfecho y feliz vivirá.

La extension de la tierra concorde
Prestará su homenaje al Señor:
Á su ley convertidas las gentes
Le verán con respeto y temblor.

Pueblos, tribus, imperios del mundo
Te obedecen, callando ante tí:

El monarca doblega la frente,
Y el guerrero la erguida cerviz.

Reverente mi vida consagro
De este mundo al supremo Hacedor :
Mi familia obediente y sumisa
Sus mandatos oirá con temor.

Á la gente futura, los cielos,
Revistiendo de gloria su faz,
Hoy anuncian propicios que vienen
La justicia á la tierra y la paz.

SALMO XXVIII

La Tempestad

Al Rey supremo servid ¡oh reyes!
En sus altares poned las víctimas,
El culto dadle que le es debido,
Y honor y plácemes á su alto nombre :
Tras viento y fuego, su voz tremenda
Suena en las nubes, y al estampido
La etérea bóveda retumba cóncava,
Y el mar indómito se humilla y muge.
Su voz del Líbano los cedros quiebra,
Altos abetos descuaja, y saltan
Como cabritos que sueltos triscan.
Cual becerrillo medroso y tímido
Retiembla el Libano, el Hérmon calla.
Voz es la suya que entre tinieblas
Estalla y lanza fuego y relámpagos.
Voz que el desierto de Kádes mueve,
Los montes hiende, las selvas altas
Sin hojas deja, solas y yertas.
Miéntras su pueblo su nombre honora,
Y de alabanzas llena su templo,
Él, que es del orbe Rey sempiterno,
Que desde lo alto vierte raudales,
Que las esferas subyuga inmensas,
Que enfrena el piélago y el mundo rige,
De fuerza y bienes lo colma próvido
Y lo bendice plácido siempre.

SALMO XXXVII

Oracion en tiempo de angustia

No con tu fuerte mano me destruyas,
Ni traspases con flechas mi costado,
No me increpes airado,
Ni con furor me arguyas :
Mira todos mis huesos quebrantados
Con el peso, Señor, de mis pecados.

De mi mucha maldad la cuenta larga
Sobrepuja y oprime mi cabeza ;
Me agobia la tristeza
Como pesada carga;
Licencias que mis ojos cometieron
Las llagas de mi cuerpo corrompieron.

Pagando á la miseria su tributo
Empapo con mis lágrimas el suelo :
Cubierto estoy de duelo,
Y el corazon de luto :
Arden en mis entrañas derretidas
Del tormento las brasas encendidas.

Rompo el aire con ayes y gemidos,
Desfallezco entre sustos y temores,
Publico mis dolores
Con tristes alaridos :
Alivia la afliccion en que me veo
Tú, Señor, que conoces mi deseo.

Mi débil corazon atribulado
Respira con profundo sentimiento :

Con lágrimas sin cuento
Mis ojos han cegado :
Se alzaron contra mí todas las gentes.
Y huyeron mis amigos y parientes.

Urdieron sin cesar falsos testigos
Engaños contra mí de toda suerte :
Procuraron mi muerte
Mis fieros enemigos;
Y al mirar mis congojas y pesares
Prorumpieron en burlas y cantares.

En esta tempestad violenta y ruda,
Y entre tantos combates repetidos,
Me tapé los oidos,
Hice mi lengua muda,
Mostrándome á la injuria indiferente
Como aquel que no mira y que no siente

En tí, Señor, apoyo mi esperanza,
Da entrada á mis querellas en tu oído :
El adversario erguido
Perderá su confianza;
Y quitándole el gozo que tuvo ántes,
Afirmarás mis pasos vacilantes.

Dispuesto estoy, mi Dios, y resignado
Á sufrir de tus manos el castigo :
Á detestar me obligo
Por siempre mi pecado :
En medio de amarguras tan inmensas
Borraré con mi llanto tus ofensas.

No te alejes de mí, Salvador mio,
Camina en mi socorro diligente,
Mira cual insolente
El enemigo impío
Tanto se multiplica, que parece
Que triunfa, y que del todo prevalece.

SALMO L

El pecador arrepentido

Apiádate, Dios mio,
De esta ánima mezquina,
Conforme á la grandeza
De tus misericordias infinitas;

Y segun la abundancia
De tu piedad antigua,
Borra, Señor, piadoso
De mi crímen la sombra denegrida,

La mancha vergonzosa
De mis delitos, limpia
Y la asquerosa llaga
De mis iniquidades purifica.

Conozco mi pecado,
Miro la culpa altiva,
Que alzada ante mis ojos
Mis maldades inmensas atestigua.

Pequé contra tí solo,
Hice el mal á tu vista,
Si acaso me condenas,
Ninguno dudará de tu justicia.

Mas miras que engendrado
Fuí de una raza inicua,
Y fué mi carne frágil
En error y pecado concebida.

Pues la verdad ingenua
Pones en alta estima,
Tus íntimos arcanos
Manifiesta á mi mente oscurecida.

Lávame con hisopo,
Y mi alma será limpia;
Báñame, y al momento
Quedaré blanco cual la nieve misma.

Si escuchar me dejares
Tus palabras divinas,
Mis huesos humillados
Se llenarán de gozo y alegría.

La serie de mis culpas
Aparta de tu vista,
Y borra por tu mano
El proceso espantoso de mi vida.

Un corazon ingenuo
Dentro mi pecho cria:
Infunde en mis entrañas
Soplo de rectitud, que vivifica.

No apartes de tu rostro
Mi súplica sumisa,
Ni me quites airado
Las luces de tu espíritu divinas.

El gozo de tu gracia
Hoy á mi pecho inspira:
Con superior aliento
Mis nacientes propósitos confirma.

Enseñaré tus sendas
Á las almas perdidas;

Los impios humillados
Tu ley aceptarán con fe sencilla.

Líbrame de esa sangre
Que por venganza grita,
Y tus altas piedades
Ensalzará mi lengua agradecida.

Abre, Señor, mis labios,
Haz que la boca mia
Prorumpa en alabanzas,
Y en acciones de gracias sin medida.

Si ofrendas exigieras,
Yo las ofreceria;
Mas sé que no te place
La sangre en tus altares esparcida.

El sacrificio quieres
Del ánima contrita,
Del corazon mudado,
Y de una voluntad simple y sumisa.

Desciendan tus palabras
Hoy sobre Sion propicias,
Y se alzarán al punto
Los derrocados muros de Solima.

Aceptarás entónces
Ofrendas de justicia,
Oblacion, holocaustos,
Y en tus aras la sangre de la víctima.

SALMO LI

Castigo de la calumnia

¿Por que así te glorías
En tu misma maldad tan orgulloso?
Engaños y falsías
Está todos los dias
Maquinando tu labio mentiroso.

Despedazas sañudo
Con lengua infame la conducta buena:
Como el puñal agudo
Rompe el pecho desnudo,
Que no sospecha la traicion ajena.

El bien has desechado,
Á la verdad prefieres la mentira:
Tu corazon doblado
Cubre disimulado
Con engaño, los ímpetus de ira.

Pronto verás tu ruina,
Prófugo y arrancado de tu suelo:
Ya contra tí fulmina
La cólera divina
Su flamígero rayo desde el cielo.

El justo temeroso
Exclamará mirando tu castigo:
«Este es el fin ruinoso
Del hombre poderoso,
Que tuvo á su Hacedor por enemigo.»

Yo cual fértil olivo
Viviré para siempre en tus moradas
¡Oh Dios eterno y vivo!
Con cántico expresivo
Allí serán tus glorias celebradas.

Resuene mi alabanza
Por tus hechos, Señor, eternamente :
En tí está mi confianza,
Pues eres la esperanza
De todo el que te adora reverente.

SALMO LXVII

Traslacion solemne de la arca, y triunfos del pueblo de Israel

Fulminando amenazas y castigos
Se levantó el Señor: sus enemigos
Confusos, asombrados,
Como cera en el fuego consumida,
Como arena á los vientos esparcida,
Huyeron derrotados.

¡ Justos, que presenciásteis la victoria,
Entonad vuestros himnos en memoria
De tan plausible dia !
¡ Alabad al Señor, santas criaturas,
Levantando su nombre á las alturas.
Con voces de alegría !

En tempestosa nube va y camina,
Y cielo y tierra y mares ilumina
El que Jehová se nombra :
Á los justos alegra su presencia,
Miéntras con su terrible omnipotencia
Á los impios asombra.

Fijó en este santuario su morada,
Do al huérfano y la viuda desolada
Entre sus brazos cierra:
Salva de la cadena al prisionero,
Propaga las familias, y severo
Al rebelde destierra.

¿ Quién cantará, Señor, cuando salias
Al frente de tu pueblo, y lo regias
Por medio del desierto ?
Las nubes á tu voz se liquidaron,
Los encumbrados montes retemblaron.
El Sinai quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas
Con lluvias bienhechoras y templadas
Tu heredad afligida:
En medio del ardor y la sequía
Tu grey, que con la sed desfallecia,
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas
Referian, animosas cuanto bellas,
Lo que vieron sus ojos:
Atónitos los reyes se escondieron,
Y las mujeres débiles vinieron
Á partir los despojos.

Aquel que en los bagajes escondido
El combate evitara, ya salido
Tambien su parte toma,
Haciendo alarde de vistosas galas,
Semejantes al cuello y á las alas
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,
Manifestó el Señor con tales brillos
Su faz resplandeciente,
Que se ofuscó el Selmon; su cumbre helada
Mostró con ménos rayos coronada
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere
Dios para su morada, y la prefiere

Á otros montes vistosos:
En vano envidiareis tanta ventura,
Montes, engalanados de verdura,
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro
Sube á este monte el vencedor bizarro:
Los contrarios altivos
Postrados ya, lo adoran soberano,
Y sus dones reparte por su mano
Á libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso
Rompes nuestras prisiones: bondadoso
Nos libras de la muerte;
Tus bienes con largueza nos prodigas,
Y las duras cervices enemigas
Quiebras con brazos fuerte.

Del enemigo de Bazan astuto
Triunfarás; los abismos á pié enjuto
Vadearás sin recelo;
Romperás del contrario la coyunda,
Tus perros lamerán su sangre inmunda:
Dijo el Señor del cielo.

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada
Los enemigos en su real morada
Atónitos miraban:
Salieron los cantores los primeros,
Las vírgenes tocando sus panderos
Seguian, y así cantaban:

« Gloria al Dominador, siempre triunfante,
Que esas turbas con rayo devorante
Dejó ya traspasadas.
Celebrad su poder, tribus dichosas,

Que fuísteis por sus manos poderosas
Del polvo levantadas."

La pompa proseguia: ledos y ufanos
Del pueblo de Judá los más ancianos
Caminaban delante;
Los de Nephtáli y Zabulon seguian,
Y los de Benjamin despues venian
Con rostro jubilante.

Haz, Señor, de tus obras larga muestra,
Confirma las hazañas de tu diestra,
Establece tus leyes:
Poseidos de horror, llenos de espanto,
Llevarán dones á tu templo santo
Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo
Nos acecha cual fiero cocodrilo,
Reprime los clamores;
Y de éstos, que nos buscan coligados,
Furiosos, como toros encelados,
Enfrena los furores.

Enfrénalos, Señor, y verás luégo
Pedir la paz interponiendo el ruego
Al Egipto insolente:
El orbe callará bajo tu espada
Y hasta la Etiopia bárbara y tostada
Se postrará obediente.

Alabad al Señor, pueblos y gentes,
Bendecid en idiomas diferentes
Su nombre sin segundo:
Ved que sobre los astros se levanta
Lleno de luces, y sus glorias canta
La redondez del mundo

Ois cual retumbó su voz sonora?
Bendigamos su mano protectora,
Su poder y su alteza:
Él es roca y presidio de afligidos,
Pidámosle, y dará á sus escogidos
Virtud y fortaleza.

SALMO LXXXIII

Memorias de Jerusalen y deseos de volver á ella

¡Que dulce son los recuerdos
De tus mansiones sagradas!
¡Qué agradables las moradas
Donde resides, Señor!
Al contemplar ¡oh Dios vivo!
La hermosura de tu casa,
Todo mi pecho se abrasa,
Desfallece el corazon.

La tórtola querellosa
Halla á sus hijuelos nido,
Y el pájaro perseguido
Vuela á las selvas fugaz:
Cuando náufrago me via,
O extraviado en el desierto,
Era tu templo mi puerto,
Era mi nido tu altar.

Felices los que en tus atrios
Tus alabanzas entonan,
Y las bondades pregonan
De que los colmas allí.
Descanso logran y holgura
En tu santo domicilio:
Amor, proteccion, auxilio
Reciben siempre de tí.

Mas yo, peregrino errante,
Que de su patria se aleja.

Al viento exhalo mi queja
En el valle del dolor;
Y mi corazon palpita
Cuando á mis solas contemplo,
En el camino del templo
Donde reside el Señor,

Fatigado del camino,
Paréceme que las fuentes,
Bajando por las pendientes,
Templan mi ardorosa sed;
Y que empapados mis labios
Y restaurados mis brios,
Gozan ya los ojos mios
De la vista de mi rey.

Escucha, Señor, mi ruego,
Muévate mi tierno llanto,
Alivia el duro quebranto
Que sufro ausente de tí.
Tú serás doblado escudo
Que al enemigo resista;
Vuelve á tu ungido la vista,
Hazlo triunfante y feliz.

Mejor es en tus umbrales
El breve espacio de un dia,
Que en pérfida compañía
Un siglo de falso honor.
Yo prefiero allá en tu casa
Ser un pobre y vil desecho,
Que en rico y dorado techo
Morar con el pecador.

Verdad y misericordia
Amas con suma estrecheza,
Gloria y bienes con largueza
Á tus servidores das.

Al varon que en tí esperando
Camina con inocencia
Tus bienes y tu clemencia
No le retiras jamas.

SALMO CXIII

La libertad de Israel

Cuando del yugo bárbaro
Fué Jacob redimido,
Rompiendo las cadenas
Del opresor egipcio,

Entónces su potencia
Mostró el Señor Altísimo,
Fundando entre nosotros
Su estable poderío.

Las aguas al mirarlo
Abrieron sus abismos,
Y el Jordan caudaloso
Retrocedió sumiso.

Saltaban los collados
Llenos de regocijo,
Cual suelen en el prado
Triscar los corderitos.

¡ Oh mar ! ¿ por qué tus senos
Abriste de improviso ?
¿ Por qué, Jordan, tus ondas
Vuelves á dó has nacido ?

¿ Por qué mostrais ¡ oh montes !
Cual tiernos corderillos,
El gozo que os ocupa,
Con saltos repetidos ?

Ya veo que el Eterno
Ostenta su dominio,
Dejando á una mirada
El orbe estremecido.

Él torna en un estanque
El arenoso sitio,
Y en copiosos raudales
El escarpado risco.

Señor, no por nosotros,
Mas por tu nombre mismo,
Aterra con tu nombre
Al adversario impío.

Haz muestra desde el cielo
De tu poder invicto,
Apoyos de tu trono
Son la Verdad y el Juicio.

Cuando á insultarnos vengan
Esos pueblos inicuos,
Y pregunten con mofa
Dó está tu domicilio,

Diremos: En el cielo
Mora Dios de contino;
Con su poder inmenso
Produjo cuanto quiso.

No así los simulacros
Del ciego gentilismo,
Forjados de oro y plata
Á golpe de martillo.

Labios tienen y no hablan,
Sus ojos nada han visto,

Ni gozan los aromas
Que exhala el sacrificio.

De fauces siempre mudas,
De piés siempre tullidos,
Tienen manos sin tacto,
Y sin oir, oidos.

Es á ellos semejante
El necio que los hizo
Y pone su confianza
En troncos sin sentido.

Mas el pueblo que dócil
Sigue al Señor, propicio
Sobre él derrama el cielo
Su luz y sus auxilios.

Si en el Eterno espera,
Si lo adora rendido,
Si obedece sus leyes
Con corazon sencillo,

Entónces á su sombra
Descansará tranquilo
De bienes abastado
Y de virtudes rico.

Nunca su pueblo caro
Entregará al olvido:
Es el constante objeto
De todos sus cariños.

Sobre todos derrama
Tesoros infinitos,
Y su favor alcanzan
Los grandes y los chicos.

Al justo favorece
Con dones excesivos,
Logrando sus piedades
Los hijos de sus hijos.

Los que seguis constantes
Las sendas y caminos
Del Dios de cielo y tierra,
Seais siempre benditos,

Él reina coronado
Allá sobre el empíreo,
Dejándonos del mundo
El cetro y el dominio.

Danos, Señor, aliento
Para cantar unidos
Acordes alabanzas,
Y reverentes himnos.

No con un golpe cortes
De nuestra vida el hilo ;
¿ Quien cantará tu gloria
En el sepulcro frio ?

Miéntras aquí vivamos,
Señor, te bendecimos:
Despues te gozaremos
Por siglos infinitos.

SALMO CXX

Confianza en el Señor

VOZ DEL CREYENTE.

A los sagrados montes
De dó viene el auxilio,
Con lágrimas de gozo
Alcé los ojos mios.

Lleno yo de esperanza
En el Señor confio,
Que estableció la tierra
Y que los cielos hizo.

VOZ DEL SACERDOTE.

Asienta sin tropiezo
Tu planta en estos sitios,
Que no se entrega al sueño
Quien guarda tus caminos.

No duerme ni descansa
Jehovah para sus hijos :
El te será custodia
Y te verá propicio.

Su mano te hará sombra,
Y su favor divino
Derramará copioso
En tí sus dones ricos.

El sol con sus ardores
No te será nocivo,
Ni la luna de noche
Con su dañoso brillo.

El Señor te defiende
De todos los peligros,
Y tu vida preciosa
Conservará solícito.

Tus sendas y veredas
Vigila de contino :
Serás feliz y salvo
Por eternales siglos.

SALMO CXXV

El prisionero libre

Hoy á Sion de sus cadenas
Libre hiciste tú, Señor,
En deleites convirtiendo
Su tristeza y su dolor.

No pudiendo tanto gozo
Nuestros pechos contener,
Á los labios se difunden
El contento y el placer.

Entre gentes extranjeras
Con asombro se dirá :
¡Oh, qué santo es el Eterno!
¡Oh, qué grande es su piedad

Y olvidando las desgracias
Que nos llenan de pavor,
Las victorias y los triunfos
Cantarémos del Señor.

Ven, Señor, con brazo fuerte
Esta cárcel á quebrar,
Cual torrente que en el austro
Va los campos á inundar.

Quien los campos en invierno
Con sus lágrimas regó,
En las eras del estío
La cosecha recogió.

Así el pueblo que ántes iba
Trabajando con dolor,
Hoy regresa ufano, y lleno
De riquezas y de honor.

SALMO CXXVII

El padre de familia

¡ Dichoso tú que al mandato
De Jehovah la frente inclinas!
¡ Dichoso tú, que caminas
Por las sendas del Señor!
La tierra que cultivares
Te brindará sus tributos,
Y gozarás de los frutos
De tu constante labor.

Como vid al olmo asida,
Siempre verde y siempre hermosa,
Así tu fecunda esposa
Florecerá junto á tí;
Y tus hijos cual renuevos
Del olivo bien logrados,
De tu mesa rodeados
Harán tu vejez feliz.

Quien respeta al Dios del cielo
Y sigue su senda santa,
Quien su ley jamas quebranta,
Logará felicidad :
Dócil oye el canto mio,
Fiel atiende á mis lecciones,
Y el Señor sus bendiciones
Sobre tí derramará.

Á Salen, tu patria amada,
Mirarás de gloria llena,

Gozando en vejez serena
Horas de ventura y paz.
Disfrutarás con tus hijos
Gozos puros y completos,
Y llorado de tus nietos
Al sepulcro bajarás.

SALMO CXXVIII

La persecucion no dura siempre

Desde mi edad más tierna
(Que mi pueblo lo diga)
Luché con una turba
De gentes descreidas.

Malvadas insidiaron
Mi juventud sencilla,
Y soltaron los diques
Á toda su malicia.

Domeñaron mi cuello
Con la coyunda indigna,
Y agobiaron mi espalda
Con cargas excesivas.

Pero todas sus obras
Quedaron confundidas,
Y el Señor ha quebrado
Sus cervices altivas.

Perezcan los que osados
Contra Jehovah maquinan,
Y maldicen audaces
De su ciudad divina.

Serán sobre la tierra
Como yerba tardía,
Que nace en los tejados
Y al punto se marchita.